

AMERICA CENTRAL: DE TRASPATIO A CINTURA DEL CONTINENTE

*Edgar Roy Ramírez B**

No hay una vía fácil para salir del atolladero centroamericano. Demasiado dolor, innumerables muertes, gran cantidad de problemas irresueltos ponen obstáculos a un pensamiento esclarecido en torno a la región. Esto, sin embargo, lo hace más necesario. América Central es una región marcada por la pobreza, la muerte prematura, el desempleo, el subempleo, los abusos respecto de los derechos humanos, la gran cantidad de refugiados, el estancamiento económico. Una situación tal exige, volvamos a insistir, formas nuevas de pensar y actuar.

En el contexto de mentalidad de superpotencia, América Central ha sido llamada a menudo "el patio trasero de los Estados Unidos". ¿Qué entraña semejante metáfora? Además de la connotación peyorativa que expresa, muestra la clara actitud de superioridad de superpotencia: Los Estados Unidos tienen el derecho de intervenir en Centroamérica porque ésta es su zona "natural" de influencia, de moldear el destino de los centroamericanos de acuerdo con su "mejor e iluminado" punto de vista; y, dado que son mejores, debe decidir qué es lo que más les conviene a los habitantes de la región. Tal es la mentalidad que subyace a la metáfora del patio trasero.

Si América Central es el patio trasero, ¿qué sería Canadá.;' ¿el jardín? ¿y México? En Centroamérica el patio se utiliza para tener las cosas en desuso. También está el basurero. Por ello, si se torna el término 'patio trasero' en serio, entonces se puede entender por qué América Central se ha convertido en una especie de refugio de tecnología riesgosa, de tecnología obsoleta, de plaguicidas prohibidos; un lugar privilegiado donde pueden verse las transgresiones transnacionales. América Central es tratada cual si fuera un basurero tecnológico, aunque también llega buena cantidad de basura ideológica -predicadores por televisión, por citar un caso-.

Una de las consecuencias que se siguen de la metáfora del traspatio es la siguiente: el dueño del traspatio es dueño de la casa. Acostumbrados a intervenir en América Central, a los Estados Unidos les puede ser difícil actuar diferente, en una forma más sabia y comprometida, así como entender que pueden haber varios cursos de acción que tomen en cuenta que Centroamérica merece una oportunidad de inventar su identidad en una forma más creativa y generosa. No es tan solo un asunto de respetar diferentes formas de vida y de pensar, sino de percatarse que una pluralidad de vías puede dar paso a estilos más ricos de vida en sociedad. Ya es hora que los Estados Unidos terminen con su viejo estilo de respuestas a las crisis centroamericanas: operaciones encubiertas, subversión,

* Director del Instituto de Investigaciones Filosóficas de la Universidad de Costa Rica.

intervenciones armadas, etc.

Vinculado con lo ya dicho, podemos agregar que los ejércitos -destinatarios de tecnologías perniciosas- no ofrecen solución alguna, por el contrario, son parte de los problemas centroamericanos. De hecho, no hay ningún caso importante en que los ejércitos hayan hecho algo en favor de los pueblos. En lugar de ello, se han comportado como ejércitos de ocupación de sus propios países. Por esto, si el desarrollo ha de considerarse como una meta importante para América Central, entonces, es preciso comprender que los ejércitos no son precisamente aliados del desarrollo. Los ejércitos no producen nada, necesitan que se les aumente, necesitan que se les pague, y les encanta ser temidos. Aún más, los ejércitos son una de las causas del subdesarrollo regional, ya que, entre otras cosas, no contribuyen en nada al bienestar de la sociedad, aunque sí mucho al molestar. Los ejércitos son caros de mantener, son una carga y no solo desde el punto de vista económico. Una respuesta urgente es la de saber cuál porcentaje de la deuda externa se ha ido en parafernalia militar, cuánto de la deuda se gastó en industria de la muerte.

Los ejércitos son sumamente onerosos económicamente. Pero también lo son desde una perspectiva política: siempre han sido aliados de los grupos socialmente más retrógrados. Además de ser corruptos y brutales, los ejércitos jamás se han puesto en favor de una sociedad abierta y libre, en favor de la paz o en favor del desarrollo. Mediante el fomento de escuadrones de la muerte, persiguen los movimientos políticos democráticos. Esta es una de las razones del por qué los ejércitos no significan seguridad para la gente. De aquí se sigue que la reducción de los ejércitos, es un objetivo altamente razonable desde un punto de vista económico, político y ético. Como si esto fuera poco, cabe agregar que tal objetivo también se justifica desde un punto de vista militar: frente al poderío de la superpotencia es poco o nada lo que los ejércitos centroamericanos pueden hacer, la prueba patente es la invasión a Panamá en diciembre de 1989. Por esto, el armamento y los rituales de violencia de estos ejércitos solo se orientan a la represión interna de ciudadanos indefensos. Se suma a la inutilidad de los ejércitos, el hecho de que entre los países de América Central no hay ningún conflicto que amerite su participación. Si la reducción es un objetivo, la meta guiadora ha de ser, sin embargo, su abolición total.

Dado que los ejércitos son obstáculo real para lograr mejores maneras de convivencia, la desmilitarización de América Central, siguiendo el ejemplo de Costa Rica, debe ser una meta orientada a lograr una economía sana sin gente enferma, una mejor calidad de vida que incluya la posibilidad de seguir con vida, y una mejor sociedad donde no ocurra, según el decir de Neruda, que los pistoleros se paseen con la "cultura occidental" en los brazos.

Unido al problema militar y producto de éste, otro problema centroamericano que exige una gran imaginación personal e institucional, es esa forma de tecnología perniciosa llamada tortura. El objetivo central de la tortura es despedazarle, resquebrajarle la personalidad a las víctimas, introducirles la naranja mecánica, obligarles a despreciar sus

valores, que experimenten cientos de temores mucho tiempo después, que abjuren y renuncien a sí mismos. Destruir ideales: lograr que el torturado en el momento de mayor dolor o de mayor temor lleve a cabo su renuncia. De paso un teléfono, una dirección, un nombre, un "no lo volveré a hacer, si, me avergüenzo". Tal renuncia se espera (esperan los torturadores) que sea comparada por otros para no pasar por lo mismo.

La realidad histórica no es la misma después de los casos de tortura, nuestra responsabilidad tampoco es la misma. Es necesario crear las condiciones para el rescate de lo humano, de emprender tareas que profundicen, amplíen, que enriquezcan y lleven la vida hacia adelante, para que el beso llegue a su destino; para que no haya rostros con esa mezcla de temor, valentía, rabia e impotencia; para que las mariposas no se consuman en la hoguera; para que el café no se enfríe sobre el mantel; para que vuelva el olor a guayaba; para que podamos salir a la calle sin cuidarnos las espaldas, con un durazno y el sol en la frente; para que ni el amanecer ni el arcoíris queden hechos jirones.

No solo no hay que olvidar que los ejércitos no han sido ningún bastión de la democracia, sino que es preciso recordar que la democracia es mucho más que ir a votar cada cuatro, cinco o seis años. Es un enfoque claramente desubicado el que equipara democracia con elecciones. La democracia está vinculada con las posibilidades de la gente de poder escoger, organizarse y participar, sin temer por sus vidas. La represión ha de ser proscrita y los derechos humanos respetados para que la democracia florezca. Libertad de expresión, posibilidades reales de participación, mantener -en el peor de los casos- los ejércitos en los cuarteles y bajo mando civil, mejora de los canales de información, son de los elementos necesarios con la finalidad de darle a la democracia una posibilidad. Elecciones libres y honradas tienen escasas posibilidades si las anteriores condiciones no se dan. En buena cantidad de casos lo que se ha tenido ha sido una militarización de la política; y, en tal contexto, las elecciones han provisto una fachada de respetabilidad al poder militar real. En otras palabras, el poder no ha quedado necesariamente en manos civiles.

En el mejor de los casos y con la excepción de Costa Rica, por lo que América Central atraviesa podría llamarse "un experimento democrático", ya que aún son muy importantes los cambios que han de ocurrir para que la democracia crezca: más justicia, más libertad, menos propaganda.

Uno de los obstáculos que enfrenta la democracia para echar raíces es la deuda externa. Hay un gran nivel de pobreza que debe ser enfrentado. No obstante, las condiciones impuestas por los organismos financieros internacionales se traducen en una flagrante violación de los derechos humanos (derechos económicos, biológicos y culturales), ya que la satisfacción de tales derechos no puede darse adecuadamente por cuanto una parte esencial de los recursos se destinan al pago de los intereses de una impagable deuda externa, en lugar de utilizarse para fomentar el bienestar humano y el desarrollo.

La deuda externa se ha convertido en un obstáculo casi infranqueable para el florecimiento de las potencialidades humanas positivas de un gran número de habitantes; aumenta la vulnerabilidad de los grupos vulnerables y debilita el sector productivo orientado a la satisfacción de las necesidades básicas. Los esfuerzos por lograr una sociedad desarrollada han dado paso a los esfuerzos de pagar los intereses y administrar la crisis.

Algunas preguntas claman por respuesta: cómo se gastó, en qué tipo de proyectos, cuánta fue realmente invertida, qué grado de responsabilidad le corresponde a los agentes involucrados -gobiernos, bancos, firmas, individuos, entre otros-, cuánta se gastó en la compra de tecnología superflua, cuánta en sobornos a funcionarios corruptos, cuánta en proyectos inútiles.

Hay una responsabilidad comparada entre deudores y acreedores: el sistema bancario internacional estuvo dispuesto a hacer préstamos, a inundar con dinero la región a causa de la abundancia de fondos debido a los denominados petrodólares. Por ello, los sistemas de tasas de interés han de ser evaluadas y adaptados a las nuevas circunstancias, para orientarlos a una situación de mayor equidad. Son múltiples los problemas generados por una deuda e(x)terna impagable. Empero, la deuda e(x)terna no ha de ser usada como chivo expiatorio de problemas internos cuyos autores son agentes domésticos, o han sido creados, al menos, con la ayuda de centroamericanos.

Dado que la deuda hace que se descuide el área de la salud; y, pone a los países a expensas de los organismos financieros internacionales, que exigen la restricción de gastos en cuestiones sociales pero no en armamentos; y, dado que se corre el riesgo de estar más expuestos a ideologías que preconizan que el mercado sea "quien" decida en las cosas importantes -como si el mercado fuera un sujeto capaz de tomar decisiones-; por tanto, la "situación de deuda" plantea un reto a la creatividad -búsqueda de nuevas respuestas- y a la solidaridad - búsqueda de respuestas conjuntas-. Las soluciones no están en la continuación del mismo estilo de producción y organización de esta. Las vías alternativas son necesarias (entre otras, será preciso "reinventar" la agricultura, la industria y el consumo de energía). Tales vías, empero, solo se dan si se les estimula, si se les asumen socialmente. De lo contrario lo que ocurre es una profundización de la explotación.

Todo lo anterior nos lleva a plantear una concepción evolucionada de desarrollo, que plantea que éste no es equivalente a un mayor número de maquinaria, a más artefactos, a más armas, a más exportaciones y cuentas de banco más grandes. En su lugar, el desarrollo tiene que ver con un mejor acceso a la tierra, con la participación en la toma de decisiones, con la eliminación de la tortura, con la protección a los grupos vulnerables, con la cura de enfermedades, con la práctica de la justicia. El desarrollo también tiene que ver con la libertad de crear, escoger y vivir; con la eliminación de niveles degradantes de pobreza. No se reduce, por tanto, al crecimiento económico, sino que incluye el mejoramiento de la calidad de vida, una distribución equitativa de la riqueza, de las

oportunidades, de los beneficios y del poder.

La ayuda externa, cuando se da, si no se le acompaña de un reordenamiento interno de los países equivaldría a echar dinero en un pozo sin fondo. Se necesita la creación de mecanismos que garanticen un uso sensato de los recursos. De igual manera, son necesarias una reforma agraria, una producción orientada conscientemente a la satisfacción de las necesidades básicas, una participación democrática, una protección del ambiente y la utilización de tecnologías no perniciosas. En otras palabras, el desarrollo abarca dimensiones biológicas, económicas, políticas y culturales.

Las necesidades básicas -alimento, servicios de salud, vivienda, trabajo, educación, recreación- han de satisfacerse si se requiere henchir las velas de los experimentos democráticos de la región. Si esto no se hace, se daría entonces una profundización de la pobreza, de la injusticia, de la desigualdad ¿Por qué es tan difícil convencer a los detentadores del poder, política y económicamente hablando, de que a la larga resultara más barato ocuparse de las necesidades humanas básicas? Un proyecto tal de desarrollo es más inteligente que los cursos de acción actuales, y es, a la vez, un proyecto abierto al futuro y cerrado a temores pasados. Recordemos que la paz, el desarrollo y la democracia son difíciles de obtener si cambios en la dirección apropiada son sistemáticamente evitados.

Después de quinientos años de recibir órdenes y llevarlas a cabo, ya es hora de que América Central se levante y diga su palabra, que gane identidad y dignidad, para así entrar en la historia como naciones que entiendan que el futuro, no es lo por venir sino lo por hacer. Es el momento para dejar de ser tras patio y volver a ser la dulce cintura de América.